

dejado, bien querriais que os le volviesen. Estuvisteis muy afligida por haberle perdido tres días, y yo hace tanto tiempo que le busco, y ni aun noticias tengo suyas! Pues, Santísima Virgen, vos tenéis siempre á este querido amor sobre vuestro pecho, y es preciso que yo os haga sentir en figura lo que es estar separado de El.» Y diciendo estas palabras, cogió unas tijeras y recortó la imagen del Niño Jesús que la Santísima Virgen tenía en sus brazos. « ¡ Dulce Madre mía! perdonadme si os he quitado á vuestro Hijo; me habéis obligado á ello por no querérmele dar. » En el mismo instante se sintió penetrada de tan dulce sentimiento de compasión, viendo la imagen de la Madre sin la de su Hijo, que echando á llorar, la dijo: « ¡ Oh Santísima Madre, no tengo valor para dejaros más tiempo sin vuestro Hijo, » y volvió la imagen del Niño Jesús al lugar de donde la había quitado. Apenas había concluido, cuando se le apareció la Virgen Santísima y le entregó, como á San Antonio de Padua, el Niño Jesús, poniéndoselo en los brazos (1).

La Madre Favre no conocía estos favores sobrenaturales. Siempre en tinieblas y penas interiores, con los ojos llenos de lágrimas, el rostro pálido y macilento, no tenía en la boca más que estas palabras: « ¡ Dios mío, Dios mío! ¿por qué me habéis abandonado? » Pero en medio de estas penas, esta *grande hija*, como la llamaba San Francisco de Sales, vivía tranquila, como los peces que viven pacíficamente en medio de las olas y tempestades. Queriendo manifestar á Dios su perfecta sumisión y lo grande de su abnegación, hizo voto de no detenerse nunca voluntariamente en ningún pensamiento que no fuese de Dios ó no se dirigiese á Dios. Voto admirable, digno de ser contado entre los más sublimes, y colocado casi en el mismo lugar que el que ha

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 320.

hecho tan célebres á Santa Teresa y á la santa Madre de Chantal (1).

Y ¿cómo pintar el fuego del amor que consumía á la Madre de la Roche? Estando un día en el jardín, durante la recreación, se encontró repentinamente rodeada de un olor celestial tan suave, que no pudiendo tolerar sus delicias, se levantó prontamente, y entró en la sala de juntas que estaba próxima, donde casi sucumbiendo á la violencia del amor divino se apoyó en una silla. Su rostro estaba tan radiante, que apenas podían las Hermanas soportar su resplandor. La llevaron á su celda, y el celestial olor era tan fuerte y tan suave, que las Hermanas estuvieron largo tiempo sin poder hacer otra cosa que gozar de esta suavidad (2). Otra vez, estando en ejercicios, entró la Asistente en su celda y la encontró de rodillas, con los brazos en cruz, el rostro iluminado y bañado en lágrimas. No atreviéndose á distraerla en estos momentos, la Asistente salió sin ruido, respetando el misterio de su unión con Dios. Al cabo de media hora volvió y la encontró en el mismo estado, estática, inmóvil, con los brazos en cruz, con las lágrimas en los ojos, hablando en alta voz, y con el rostro más bello y radiante que antes. Arrebataada la Asistente con este espectáculo, besó con respeto el hábito de la Madre de la Roche, y viendo que ésta no lo advertía, se sentó á la mesa, tomó una pluma, y se puso á escribir las palabras que, como sus lágrimas, salían á torrentes (3).

Lo que sobre todo era admirable en estas primeras Madres, era que su humildad igualaba á su amor. Vuelta de su éxtasis la Madre de la Roche, prohibió á la Hermana Asistente dijese nunca una palabra, y habiendo visto el papel que había escrito, le arrojó al fuego

(1) *Vidas de las primeras Madres*, t. I, pág. 25.

(2) *Idem id.*, pág. 454.

(3) *Idem id.*, pág. 474.



avergonzada (1). Cuando la Madre de Blonay volvía de sus éxtasis, era un placer para las Hermanas ver los apuros de su confusión; no sabía dónde esconderse para evitar sus miradas. La menor alusión la ponía colorada (2). En cuanto á la Madre de Brechard, sus actos de humildad llevaban el sello característico de la energía de que estaba dotada. Habiendo encontrado dos retratos que la habían sacado sin que lo supiese, se quedó tan confusa, que en el primer momento dió un puñetazo al uno y le rompió, y habiendo podido las Hermanas coger el otro antes que tuviese igual suerte, le buscó con tanto afán, que al fin le encontró y le arrojó al lugar más vil de la casa, viniendo luego muy contenta á decir á las Hermanas que le había echado en el lugar en que merecía estar su indigno original (3). Un día estaba la Madre de Chatel delante del Santísimo Sacramento, y se le ocurrió de repente examinar si su corazón estaba apegado á alguna cosa; creía haber renunciado á todo (era en los principios de su vida religiosa), y en el mismo instante oyó una voz que le dijo: «Y si te nombrasen Superiora, ¿estarías indiferente también?» No supo al pronto qué responder, y todo su cuerpo se estremeció. No obstante, no queriendo reservarse nada, se ofreció á Dios, para que hiciese de ella lo que le agradara. Mas fué tanta la violencia que tuvo que hacerse, que un sudor frío corrió por todo su cuerpo, sus ojos se llenaron de lágrimas, y se desmayó (4).

Cuando de este modo se toman los empleos, fácil es conjeturar cómo se dejan. Acabamos de ver á la Madre de Beaumont salir de París humilde y obediente, sin proferir una sola palabra de queja. Apenas llegó á Anecy, suplicó á la Madre de Chantal la permitiese vol-

- (1) *Vida de las primeras Madres*, tomo I, pág. 475.
- (2) *Vida de la Madre de Blonay*, por Carlos Augusto de Sales.
- (3) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 196.
- (4) *Id.*, tomo I, pág. 324.

ver al noviciado (1). La Madre de la Roche hizo poco después la misma petición; y aunque la época era difícil, y las fundaciones se multiplicaban por todas partes, y aunque las Madres de Beaumont y de la Roche habían sido ya Superiores y fundadoras, no titubeó la Madre de Chantal en acceder á sus ruegos, porque sabía que sumergir á sus Hijas en la humildad era sumergirlas en el amor divino.

La caridad y la más tierna unión entre las Hermanas, coronaba este hermoso conjunto de virtudes. «Verdaderamente—decía el P. Cotton, confesor de Enrique IV—después de visitar un monasterio de la Visitación cree uno haber estado en el Cenáculo, donde todos los corazones no eran más que uno solo» (2). En Lyon, después de haber hecho la visita canónica, no había por qué reprender á las Hermanas, sino porque amaban mucho á la Madre de Blonay, su Superiora (3). En Anecy, en París, en Dijón, en todas partes, la conversación más agradable era la de hablar de las virtudes de las Hermanas ausentes (4). En Orleans, la Madre de la Roche, viendo sufrir á una pobre Hermana que padecía un cólico violento, se puso de rodillas en un rincón de la enfermería, y con el corazón conmovido por esa grande y verdadera caridad que da su vida por los que ama, rogó al Señor librase á la pobre Hermana de su cólico, ofreciéndose á padecerlo y sufrirlo en su lugar. Dios escuchó tan tierna y admirable oración; la Hermana sanó al punto, y la Madre de la Roche fué atacada al instante de un dolor, que conservó hasta la muerte (5).

Esta caridad brillaba también en el cuidado que te-

- (1) *Fundación inédita de Montferrand*.
- (2) *Fundación inédita de Grenoble*.
- (3) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 162.
- (4) Véanse las *Fundaciones* de estas casas.
- (5) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 162.



nían los monasterios de recibir enfermas jóvenes sin dote, y personas de edad muy avanzada. No había casa que no tuviese alguna persona de éstas, y como si Dios hubiera querido manifestar cuán agradable le era esta animosa obediencia á las reglas del Santo Fundador, sucedía muy á menudo que aquellas enfermas, aquellas jóvenes pobres, aquellas viudas ancianas ó achacosas, eran las que traían al Instituto naciente las mayores virtudes y los consuelos más dulces. En Chambery, por ejemplo, siendo Superiora la Madre de Chatel, vió llegar al locutorio á su madre, anciana de casi noventa y siete años, pidiendo de rodillas le concediesen la felicidad de tomar el santo hábito de la religión. La Madre de Chatel titubeaba en recibirla á causa de su mucha edad; pero habiendo consentido en ello las Hermanas y la Madre de Chantal, aquella venerable anciana entró en la casa con una alegría, una humildad y un fervor que encantaba á todo el mundo. Siempre estaba en el último lugar, se creía la menor y última de todas, y daba gracias á las Hermanas por tener la bondad de sufrirla á su lado; pero sobre todo, cuando se la veía ponerse de rodillas para recibir la bendición de su hija, pedirle permiso para todo, descubrirle su corazón, dándole cuenta de sus acciones con la sencillez y candor de una niña, los ojos se llenaban de agua y el corazón de ternura y veneración. Murió poco después, habiendo tenido la dicha de profesar en su lecho de muerte (1).

En Grenoble, la señora de Le Blanc, viuda del primer Presidente del Parlamento, después de haber fundado el monasterio se retiró á él, de edad de sesenta años, entrando de noche, á fin de que no la llevasen en triunfo los pobres, á quienes tanto había querido. Decían las Hermanas «que un niño de dos días no sería tan dulce y flexible como ella;» y también, «que era un

(1) *Vida de ocho venerables viudas de la Visitación*, manuscrito en 4°.

corazón de cera que se liquidaba con el fuego del amor divino.» Poco tiempo antes de la consumación de su sacrificio, su cuerpo empezó á desecarse por efecto del ardor del amor santo que la consumía. Las mangas de su hábito, por la parte de arriba, se encontraron después de su muerte tiasas como un cuero, por la abundancia de lágrimas que derramaba en la oración, cayendo de sus ojos sin cesar como dos arroyos. Su hábito, cortado en mil pedazos, hizo milagros (1). Por último, en París (porque es menester no detenerse y dejar de referir otros hechos semejantes), en París, digo, la Visitación adquiría también en la persona de la señora de Bouthilliers, un rico tesoro (2). La señora de Bouthilliers tenía setenta y siete años; su marido acababa de morir á los ochenta, después de una vida sin tacha, llevando á la tumba la reputación de magistrado el más íntegro que se había conocido hacia muchos años. Había tenido nueve hermosos hijos. El mayor era ministro de Estado de S. M. Luis XIII; el segundo, Obispo de Aire; el tercero, Obispo de Boulogne y después Arzobispo de Tours; el cuarto, que era seglar como el mayor, tenía un empleo importante en el Parlamento de París. Sus cuatro hijas se consagraron todas á Dios: dos tomaron el hábito de San Francisco de Asís, la tercera el de Santa Teresa, y la cuarta era Abadesa de Fontevrault. Sus nietos seguían las mismas huellas; los había en el mundo y los había también en el claustro. Su nieta Cecilia estaba en la Visitación, y otra en el Carme-

(1) *Fundación inédita de Grenoble*.

(2) Claudia Francisca Machecop nació en Dijón y se casó en Borgoña, en 1575, con Dionisio de Bouthilliers, señor de Fouilletourte y de Petit-Thouars, el cual empezó á dar nombradía á esta ilustre familia, cuyas más célebres ramas, como es sabido, fueron los Chavigny y los Rancé. Todos nuestros *Manuscritos* y nuestras *Vidas* impresas le llaman Boutelier. Moreri y el P. Anselmo escriben Bouthilliers. La *Vida de la señora de Bouthilliers* se ha insertado en las *Vidas de las ocho venerables viudas*.



lo; la señora de Bouthilliers principiaba á ver los nietos de sus hijos. Fortuna, honores, santidad, larga vida, numerosa posteridad, en una palabra, no le faltaba ninguna de las bendiciones de los Patriarcas, y esto era precisamente lo que la inquietaba y lo que la llevó al claustro; se encontraba demasiado feliz; buscaba la cruz sin poder encontrarla. Su hija, la Carmelita, le decía: «Venid aquí, la encontraréis en el Carmelo.» Su nieta Cecilia le decía: «Mejor es que vengáis á la Visitación.» Se decidió, por último á esto, y recibió el hábito á la edad de ochenta y tres años, de manos del señor Arzobispo de París, en presencia de la Reina María de Médicis y de toda la corte, llevándole casi un año con una humildad encantadora. Su nieta Cecilia era Consiliaria y Asistente de los locutorios, y cuando llamaban á su abuela para alguna visita, y por causa de su mucha edad faltaba en alguna cosa de las que nos están mandadas en el locutorio, por falta de memoria, la nieta le advertía en el refectorio ó en pleno capítulo, y todas las Hermanas se admiraban y edificaban viendo el respeto con que la anciana abuela recibía las advertencias de su nieta. Pero, sin embargo, por más que hizo no consiguió encontrar la cruz que deseaba, y poco antes de su muerte decía llorando: «Ay! Yo creía haber entrado en la religión para sufrir y hacer penitencia, y en lugar de esto, sólo he hallado mucha más felicidad que cuando estaba en el mundo.»

No se cansaría uno de referir estos hechos, contemplando á la naturaleza humana, vencida tan admirablemente por la gracia, despojada de su egoismo, pequeñez, independencia, y de sus vergonzosas pasiones; flexible por la obediencia, fuerte por la humildad, dilatada, y, por decirlo así, ensanchada por el amor, elevándose hasta los actos más heroicos de abnegación que honran á la humanidad casi tanto como glorifican á Dios.

Y, hablando en general, ¿qué cosa hay más hermosa, respecto al triunfo de la gracia sobre la naturaleza, que los principios y origen de la vida religiosa? De los desiertos de la Tebaida, en donde nació, que pobló de anacoretas y Stilitas, pasemos á las soledades, quizá tan maravillosas, del Cister y Claraval, en el corto y delicado espacio en que San Bernardo apareció en él como un astro. Contemplad aquella vida de oración y de sacrificio, aquella mortificación de los sentidos, aquellos rostros macilentos, pero ardientes y amables; aquellos seres aniquilados con las maceraciones, que parece no les queda sino un soplo de vida, y, sin embargo, tienen fuerzas bastantes para predicar la cruzada á cien mil hombres. Entrad en Roma, y asistid, un siglo después, al encuentro de Santo Domingo y San Francisco de Asís; seguid á uno á su naciente monasterio de Santa Sabina, subid con el otro á la cima del monte Alvernia, y decidme si la naturaleza humana no está vencida y como transfigurada en aquellos hombres sublimes. De Roma pasad á España, y respiraréis ese olor de rosas y azucenas que sale de los monasterios reformados de Santa Teresa; visitad en Avila ó Toledo á esas jóvenes que se acuestan en el suelo, que andan con los pies descalzos, que maceran su cuerpo, que le afligen con cadenas de hierro, y cuyas almas, enfermas de amor, no saben hacer más que sufrir ó morir.

Desde Avila y Toledo volved á Francia; allí veréis nacer al soplo de San Vicente de Paúl, y extenderse por los hospitales, por los campos de batalla y por las más remotas islas, esas admirables Hermanas de la Caridad, que arrancarán al mismo impío gritos de admiración y simpatía. ¿Os agradan otros espectáculos? Encerraos con San Ignacio en la cueva de Manresa, y pasad el mar con San Francisco Javier; ó si os parece mejor, volvamos á los piadosos claustros de la Visita-



ción, y después de haber admirado tanta humildad, tanta obediencia, amor á Dios y al prójimo, preparémonos á ver mayores maravillas, un triunfo más completo aún de la gracia sobre la naturaleza, una más inefable consumación de las almas en Dios.



## CAPÍTULO XXV

Peste general en Francia y en Saboya.—Estado de los monasterios durante la peste.

1628—1631

**N**UNCA brilló con más esplendor el admirable imperio de la gracia y la maravillosa transformación de las almas que toscamente acabamos de pintar, que durante la terrible y espantosa peste que invadió la Francia, la Saboya, el Piamonte, la Italia y el mundo entero, hacia el fin del año 1628, haciendo tan horribles estragos durante los años 1629, 1630 y 1631.

Los azotes que tantos estragos han hecho en el siglo XIX, no pueden darnos una idea de lo que era entonces una peste. El poco aseo de las ciudades, la nulidad de los socorros del arte, la falta de una policía regular capaz de poner un poco de orden en medio de tanta confusión, el carácter contagioso de la enfermedad, que se creía aún más contagioso, todo contribuía á que se aumentase la mortandad, el espanto y la desesperación. En presencia de una enfermedad que se comunicaba por el tacto, que el apestado infundía con su aliento y que impregnaba en todo cuanto le había servido, no había quien quisiera ver á nadie ni tocar á nada. Los mismos comestibles eran sospechosos, las relaciones más queridas se interrumpían y cesaban. A la primera